



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE LLANES

FONDO
LITERATURA

PQ 2325

-L3

C318

1884

Imp. Universal: Nueva de S. Francisco, 19.

Chas. S. Hill

ADVERTENCIA

DE LA PRIMERA EDICION

Este es otro episodio del poema del que *Jocelyn* forma parte: una página más de esa prolongada obra cuyo plan me tracé há mucho tiempo, y de la cual bosquejaré algunos fragmentos más hasta mi edad avanzada, si Dios no dispone ántes de mí. La naturaleza moral es el asunto de este poema, así como la física lo fué del poeta Lucrecio. El alma humana y las fases sucesivas por las que Dios la hace pasar para cumplir su destino perfectible, ¿no suministran digno y hermoso tema para los cantos de la poesía? No me hago ilusiones sobre la impotencia de mi escaso talento y la brevedad de la vida, comparadas con tamaña empresa; por esto no pretendo dejarla terminada. Unos cuantos pasos vacilantes y con frecuencia distraídos por una vía sin fin constituyen el destino del filósofo y del artista. Siempre le faltan fuerzas, tiempo y descanso. Los días del poeta son cortos, por más que viva cuanto pueda vivir el hombre. La poesía no es más que lo que rebosa del cáliz humano. No es posible vivir de éxtasis y embriagueces, y los que exigen de un poeta que esté siempre dispuesto á escribir, se parecen al califa que mandó á sus esclavos que le hicieran vivir de música y de perfumes: al fin murió de deleite y de inanición.

No ignoro que me censuran con benévolo enojo por no dedicar mi vida entera á escribir, y sobre todo á escribir versos, siendo así que jamás los he considerado ni pretendido considerarlos sino como raro y accidental consuelo de mis pensamientos. A esto no puedo responder otra cosa sino que cada cual ha recibido su mision de la naturaleza. Yo envidio esos caractéres contemplativos á quienes Dios ha dotado solamente de alas, y que pueden cernerse siempre por las regiones etéreas, sostenidos por ensueños inmortales, sin sentir jamás el golpe de rechazo de las cosas de la tierra que tiemblan á nuestras plantas. Pero esos no son hombres, sino séres privilegiados que sólo tienen de humano los sentidos que gozan, que cantan ó rezan: ¡son los solitarios ascéticos del pensamiento! ¡Gloria, paz y ventura á esos hombres! ¿Pero esos séres son efectivamente de este tiempo? ¿No es nuestra época esencialmente laboriosa? ¿Todo hombre no necesita de todo hombre? ¿No está pasando por una triple trasformacion el mundo de las ideas, el de la política y el del arte? El espíritu humano, más lleno que nunca del espíritu de Dios que lo agita, ¿no se halla en el laborioso instante de algun gran alumbramiento religioso? ¿Quién lo duda? Es la obra de los siglos, lo obra de todos. Tan sólo el egoísmo puede hacerse á un lado, exclamando: «¿Qué me importa?»

No comprendo la vida de este modo. La época en que vivimos nos impone deberes así como labra nuestros destinos. ¡En una edad de renovacion y de labor, es forzoso que todos trabajen en erigir la pirámide comun, aunque fuese otra Babel! Pero no será una nueva Babel, sino otro escalon de un altar glorioso, en que se tributará mejor y mayor adoracion á la idea de Dios. Porque, no hay que hacerse ilusiones; el hombre siempre busca á Dios, aun sin saberlo, en esos grandes esfuerzos de su actividad instintiva. Toda civilizacion se resuelve en adoracion, como toda vida en inteligencia.

Pues bien, en estos dias de crisis social, todo hombre que

disfruta de la plenitud de su existencia está obligado á pagar dos tributos, uno á su tiempo, otro á la posteridad; al tiempo, los esfuerzos oscuros del ciudadano; al porvenir, las ideas del filósofo ó los cantos del poeta. Quiérese suponer que estos dos empleos del pensamiento son incompatibles: los antiguos, que son nuestros maestros y nuestros modelos, no pensaban así, no dividían al hombre, sino que lo completaban. Para ellos el hombre era tanto más apto para un ejercicio especial del pensamiento, cuanto más ejercitado estaba en todos. Filósofos, políticos, poetas, ciudadanos, todos vivían del mismo alimento; y de este alimento más sustancial y nutritivo se formaban esos grandes génios y esos grandes caractéres, que tocaban con una mano la idea y con la otra la accion, y que no se creían degradados por desempeñar los deberes más humildes.

Atribúyese á falta de espacio las incorrecciones de composicion y de estilo que por lo comun se censuran en mis ensayos poéticos, defectos que yo conozco mejor que nadie. No pretendo paliarlos: y sólo contestaré á mis críticos inclinándome y solicitando mayor suma de indulgencia para estas debilidades. No se equivocan considerando estas primeras ediciones de mis poesías como verdaderas improvisaciones en verso: si llegan á sobrevivir á sí mismas algunos años, me será fácil pulirlas, cuando se haya calmado la febril agitacion del pensamiento y del sentimiento, y la edad proveya me proporcione esos ratos de ocio de los últimos dias en que el hombre retrocede sobre sus propias huellas y retoca lo que ha dejado tras sí. Pero si así no sucede, ¿qué más da? Cuando se ha respirado al pasar y arrojado tras sí una flor de la soledad, ¿qué importa que haya una arruga en sus pétalos ó que un gusano roa sus bordes? No se piensa más en ello.

Réstame suplicar al benévolo lector que no me censure por lo que le parezca demasiado fantástico en este episodio. Esto entraba como elemento necesario en la economía del poema. La piedra pesada y fria sirve á veces de cimiento para un

edificio más gracioso y adornado. Los dos episodios que seguirán á éste son de carácter más contemporáneo y fácilmente comprensible. Se parecerán más á ese *Jocelyn* que con tanta indulgencia ha acogido el público, y muchas veces se le volverá á encontrar en este drama épico del que no ha desaparecido totalmente.

A. DE LAMARTINE.

ADVERTENCIA

DE LAS NUEVAS EDICIONES

Seis meses han trascurrido desde la publicación de las primeras ediciones de este episodio, el cual ha motivado severas críticas, así de fondo como de forma. Unos han dicho: «Es un mal poema:» otros: «Es un mal libro.»

Nada tengo que responder á los primeros. Cualquiera que sea el artista, jamás debe ponerse en abierta contrariedad con el sentimiento público. El único juez de las obras de imaginación es la impresión que producen: no hay lógica contra la naturaleza. Por más que adujera los mejores argumentos del mundo para probar al lector que debe encontrar deleite ó interés en la lectura de mi obra, si no encuentra lo uno ni lo otro, el lector será el que tenga razón. No se alegan pruebas sobre el placer: se le siente. Del juicio emitido por el público contemporáneo sólo se puede apelar ante otro público: la posteridad. ¿Y quién puede jactarse de llegar hasta la posteridad? Esta no juzga más que á los inmortales.

No trataré, pues, de justificar aquí la concepción, el plan ni la forma de este episodio. Nadie más dispuesto que yo á reconocer y confesar sus debilidades ó sus errores; pero permítaseme dar una explicación que podrá ser una disculpa y que tal vez haga que algunos hombres de buena fé suspendan su juicio definitivo.

Se ha considerado este episodio como un poema completo,

y partiendo de esta idea, se ha dicho: «¿Qué significa esto? ¿cuál es su asunto? ¿dónde está el pesamiento moral? ¿cuál es su objeto?» Lo propio hubiera dicho yo si hubiese leído *La caída de un ángel* en tal disposición de ánimo; pero el lector que suele pasar por alto las advertencias, sin duda no se había fijado en la que precede á mis versos; de lo contrario habría visto que *La caída de un ángel*, lejos de ser en mi pensamiento una obra completa, no era más que la introducción dramática de un poema cuyo plan general no tendrá explicación sino cuando se hayan desarrollado y combinado todas sus partes. En el prefacio del *Jocelyn* he indicado este plan hasta donde me era posible. Este asunto, he dicho es el alma humana, la metempsícosis del espíritu, las fases que el espíritu humano recorre para cumplir sus destinos perfectibles y llegar á sus fines por las vías de la Providencia y por sus pruebas hechas en la tierra. Debía, pues, describir en este episodio, que viene á servir de introducción al poema, el estado de degradación y envilecimiento en que la humanidad había caído al salir de aquel estado primitivo, casi perfecto, que todas las tradiciones sagradas le atribuyen en su origen. Las angustias de un espíritu celeste, encarnado por su culpa en medio de aquella sociedad brutal y perversa de la que se había eclipsado la idea de Dios, y en la que el sensualismo más abyecto había reemplazado á toda esperitualización y á toda adoración, tal era mi asunto en este fragmento de una apopeya metafísica. Es el mundo del ateísmo. Me han censurado también por haberlo pintado con colores demasiado vivos y repugnantes, deduciendo de aquí que yo podía muy bien ser panteísta, ateo, materialista. Cuando salió á luz *La Divina Comedia* del poeta toscano, quizás echasen en cara á Dante que era un espíritu satánico porque se había complacido en describir los tormentos y en remover las inmundicias del infierno. Pero, á continuación de su Infierno, el Dante público el Purgatorio y el Cielo, y esos tres mundos maravillosos, explicándose y aclarándose mutuamente, produjeron ese conjunto armonioso y sublime en que los horrores de los

círculos infernales, las purificaciones de la mansión de las pruebas y las delicias permanentes del Cielo, completaron su pensamiento y justificaron las supuestas aberraciones de su genio. Harto se comprenderá que yo no pretendo comparar aquí los hombres, sino las cosas. Dante ha inscrito su nombre con caracteres de fuego en la imaginación de los siglos; la piedra de nuestros sepulcros será la única que lleve esculpidos nuestros nombres. Pero la injusticia es la misma. Así caen por su propio peso las acusaciones de inmoralidad, de fatalismo, de excitación al suicidio que ciertos críticos se han creído con derecho á dirigirme, por no haber visto más que la primera escena de un drama cuyo desenlace es el único que puede hacer aparecer su moral. Muy lejos de presentar como ejemplo á las miserias humanas la desesperación y el suicidio de Cedar, los considero como faltas morales que, en el plan general del poema, tendrán en otra parte sus consecuencias y su castigo.

Esto me induce á explicarme de nuevo sobre ese supuesto panteísmo que se me atribuye desde la publicación del *Viaje á Oriente* y de *Jocelyn*. Algunos críticos religiosos y sinceros creen observar en mí una progresiva tendencia á materializar la idea de Dios, á confundir el Creador y la creación en una identidad vaga y tenebrosa que, destruyendo la individualidad suprema de Dios y la individualidad del hombre, aniquilaría á la vez al hombre y a Dios, y haría así cierta cosa semejante al caos antes que brillara la luz en él y que el Verbo separara sus elementos. Esto sería peor que el ateísmo, porque equivaldría á negar á Dios confesándole: ¡dos cosas sin sentido en vez de una! Puede ser que algunas expresiones metafóricas é inexactas de mis obras hayan motivado esta mala inteligencia sobre mis opiniones religiosas, lo cual me contristaría en extremo. El lenguaje vago é indeterminado de la poesía no se presta mucho al rigorismo de los términos que debe precisar la metafísica. Pero por si mis versos dan lugar á duda, voy á explicarme en prosa.

Creo en un Dios que posee la individualidad suprema,

como cree en él la naturaleza que no ha sido creada sino para reflejar esa individualidad divina, y que no subsiste sino merced á su providencia. Creo en la libertad moral del hombre, misterioso fenómeno cuyo secreto posee Dios únicamente, pero cuya conciencia es su testigo y cuya virtud es su evidencia. Creo en todas las consecuencias que se desprenden de esta doble fé en esta vida y en otra clase de existencias. Creo que la única obra de la humanidad como sér colectivo, y del hombre como sér individual, consiste en gravitar hácia Dios, acercándose á él cada vez más. Creo que el trabajo del día, así como el de los siglos, consiste en descorrer más y más el velo que cubre la idea de Dios, cada uno de cuyos rayos ilumina el espíritu con una nueva verdad, enriquece el corazón con una virtud más, y hace que tributemos á Dios más santa adoración. En mi convicción, todo es vano movimiento de hombres y de cosas oculta solamente el gran movimiento orgánico del hombre, encaminado á conocer mejor á su Creador, y á ofrecerle un culto más esperitualista. Cualquiera otro movimiento carece de objeto; porque fuera de Dios, nada puede ser objeto y fin de sí propio. Si lo contrario sucediese, este mundo sería un drama sin moral ni desenlace, indigno de su autor y hasta del hombre. Si yo pensara así, despreciaría á este mundo y también a mí mismo, y extinguiría gimiendo la antorcha siniestra de la razón, que no habría sido encendida en nosotros sino para alumbrar el abismo sin fondo de la nada. Pero esto no puede ser, porque entonces, ¿quién habría encendido esa antorcha? Las tinieblas eternas no habrán sido seguramente: una chispa es indicio de la luz. Penetrado instintivamente de estas verdades, tan evidentes para mi inteligencia, como el sol lo es para mis ojos, todo cuanto contemplo en la naturaleza como lo que estudio en la marcha histórica de la humanidad se enlaza con la idea de Dios. Las luchas de ideas, las vicisitudes de acontecimientos, los cambios de rumbos y de formas, esa tarea incesante y tumultuosa de las naciones, así las convulsiones más enérgicas como los progresos más lentos de la vegeta-

ción humana, no tienen á mi juicio más sentido que aquel, ni pueden tener otro. Los hechos ocultan siempre una idea, y por más que se comprima y estruje el mundo, se verá que sólo contiene una, Dios y siempre Dios. Todo ese ruido que escuchamos en la tierra y que se llama trabajo, pensamiento, palabra, gloria, libertad, igualdad, revoluciones, si nos remontamos á mayor altura, lo percibiremos como un cántico de la tierra que procura balbucear más dignamente el nombre eterno. Lo he dicho ántes y lo repito: toda civilización se resuelve en adoración, como toda vida en inteligencia. Los hombres, según su naturaleza, comprenden más ó menos ese sentido divino de las cosas, del cual son instrumentos todos ellos. Por lo que á mí respecta, ni me considero envanecido ni humillado por serlo; pero dotado desde muy joven de ese sentido de la contemplación y de la adoración, la evidencia divina penetra por todos los poros de mi cuerpo; y para extinguir á Dios en mi alma, sería menester aniquilar á la vez mi inteligencia y mis sentidos. Me siento dotado de tanta religiosidad como el aire lo está de transparencia. Me reconozco hombre sobre todo por el sentido que adora. Si á esto llaman ciertos críticos panteísmo, irreligiosidad, impiedad, menester es que yo me exprese muy mal ó que ellos sean muy sordos.

Por lo que hace á los ataques al cristianismo, de los cuales han creído ver nuevos síntomas en los fragmentos del libro primitivo en que el profeta da á los jóvenes salvajes la idea pura y racional de Dios y algunas nociones del culto sin símbolos, no puedo ménos de repetir lo que ya dije contestando á las mismas objeciones en el segundo prefacio del *Jocelyn*.

Jamás se me ocurrirá atacar la doctrina inefable en que el cristianismo ha templado, rejuvenecido y divinizado al género humano. Todas las verdades están contenidas en él, y nosotros no hacemos más que balbucear en otras formas, sacándolas de él, las nociones perfectas de Dios y de moral que su divino autor ha enseñado á la humanidad. El cristianismo ha sido la vida intelectual del mundo de diez y ocho siglos

acá, y el hombre no ha descubierto en el presente una verdad moral ó una virtud cuyo gérmen no estuviese encerrado en las palabras evangélicas. Creo que su obra dista mucho de estar terminada; he sido criado en su seno, formado de su sustancia; tan imposible me sería despojarme de él como de mi individualidad, y aunque quisiera no podría; porque el escaso bien que hay en mí procede de él y no de mí.

Ya lo he dicho en otra parte: considero el cristianismo como la emanación más pura y más vasta de revelaciones divinas que haya iluminado y santificado jamás la inteligencia humana. Pero esto no quiere decir que yo menosprecie ó pretenda extinguir en mí esa otra revelación permanente y creciente con el trascurso de los tiempos, que Dios hace radiar en la razón. Por divina que sea la idea religiosa en su principio, cuando se convierte en culto y en institución humana cae en manos de los hombres, y en virtud de este contacto se hace susceptible de participar de la acción de los tiempos. Al atravesar esas edades de tinieblas, de ignorancia y de superstición, el rayo más puro puede asimilarse algo de la misma oscuridad que ha disipado imperfectamente, y sucede que confundiéndose las tinieblas y la luz, los fantasmas y las realidades, el espíritu humano lo rechaza todo y se queda sin culto ni legislación religiosa, ó bien profesa aparentemente esos símbolos así desacreditados y no presta ya en su espíritu la debida obediencia á la ley á pesar de seguir observando sus preceptos. Para la sociedad este es el peor de los estados, porque la fé se convierte en convenio político y el culto en ceremonia; y mientras tanto la verdad sufre ó se adormece en muchos corazones. Las naciones que viven en esa falsa apariencia de hábitos sin eficacia en las creencias y en las costumbres, son los sepulcros blanqueados de la parábola. La religión y la razón deben marchar de acuerdo para que esas santas instituciones sean poderosas; es preciso que la inteligencia encuentre en sí misma la sanción y la admiración de su fé. La conciencia obedece mal cuando el espíritu duda; los símbolos no se han hecho sino para auxiliar á

la inteligencia y no para interponerse como nubes entre Dios y nosotros. Creo que la obra de este tiempo, la obra de los hombres de buena voluntad y de carácter piadoso consiste en desviar en lo posible esas nubes que impiden que el sentimiento religioso prevalezca completamente. Cuanto más visible sea Dios, mejor se le adorará. Separar la fé de la razón es extinguir el sol para sustituir la luz del astro permanente y universal con el resplandor de una lámpara que el hombre lleva dando pasos en vago y que se puede ocultar con la mano. Es forzoso que cese la contradicción entre ambas claridades para multiplicarlas y extenderlas. La luz de Dios es la única que juzga de toda otra. Cualquier claridad que no alumbra en todas partes y siempre, no es un astro, sino una antorcha. Pretender que exista esa unión completa de la razón y la religión en la obra de adoración y santificación que es la obra por excelencia de la humanidad; querer que el hombre entre con sus facultades integras en los suntuarios, y que no deje su razón á la puerta de sus templos como el mahometano deja sus babuchas para recogerlas cuando acaba de orar; querer que la razón sea religiosa y la religión racional, ¿es atacar el cristianismo, ó no es más bien prepararle un reinado más unánime y absoluto? El fuego que purifica al oro de las escorias de la tierra, ¿le priva de alguna parte de su peso, de su brillo y de su valor?

Ahora debo decir algo acerca de esos despropósitos políticos que me han achacado con motivo de algunos versos de la *Octava visión* en que el profeta dice á esos hombres primitivos é imaginarios: «No tengáis jueces ni reyes, y gobernad por la sola justicia de vuestras conciencias y la sola fuerza de vuestras virtudes.» De esto se ha sacado la consecuencia de que yo no quería tribunales, ni mecanismo social, ni gobierno. La misma intención de subversión anárquica se podría atribuir á toda filosofía y á toda religión que dicen también á los hombres: «Sed todos igualmente perfectos, y cuando lleguéis á serlo, no necesitareis de leyes escritas ni de jueces remuneradores; vuestra ley será vuestra perfección misma.»

Esto es lo que se debería decir siempre á los hombres, y la misma voz de Dios que los llama sin cesar á este estado perfecto, es tal vez un motivo para esperar que algun dia podrán llegar á él. Pero si se supone que, en el estado conocido y evidente de la humanidad desconozco la realidad de las cosas para decir á los hombres: «Romped ese magnífico fenómeno de la sociedad civil, expulsad vuestros reyes, destituid á vuestros jueces, licenciad vuestras fuerzas y echadlos en brazos del egoísmo individual, de la desorganización y de la anarquía,» lo confieso francamente, me dispensan demasiado honor respondiéndome. Me atrevo á decir que nadie está más persuadido que yo de la necesidad de los gobiernos. Poco me importa que se llamen monarquías ó repúblicas segun las costumbres ó los tiempos; pero del hombre depende que sean ilustradas y fuertes; son la forma de la humanidad y la condición de todos sus progresos; son á las masas lo que la organización á los individuos, es decir, la ley misma de su existencia; son los instrumentos de las ideas que trabajan de siglo en siglo en remover y transformar el mundo; y la propensión de todo espíritu que quiere que las ideas triunfen y que la humanidad se engrandezca, es más bien exagerar que enervar las fuerzas de los gobiernos. Por lo que á mí hace, confieso en alta voz que esta propensión es la mía.

Pero me apresuro á dar de mano á tan elevadas cuestiones, tan inoportunamente suscitadas con motivo de algunos míseros versos, y vuelvo á lo que hay de más ínfimo en el mundo, una miserable cuestión de arte y de hemistiquios justamente reivindicados por la crítica. No se los disputaré: convengo en muchos reproches merecidos de incorrección, de flojedad, de negligencias y hasta de inconveniencias de estilo, y en esta nueva edición me condeno á mí mismo, dando las gracias á los concienzudos escritores que han tenido á bien indicármelos. Cuando ménos, es preciso hacer que el lector saque provecho de esa crítica imparcial y benévola, tan penosa á menudo para el que la ejerce como para el que la sufre.

A. DE LA LAMARTINE.

LA CAIDA DE UN ANGEL

NARRACION

«Oh, viejo Líbano!» exclamó el celestial anciano enjugándose los ojos humedecidos por la niebla, mientras la nave, bogando á toda vela, deslizaba rápidamente sus mástiles de estrella en estrella y la crujiente proa arremolinaba ante sí las saladas ondas á la sombra que los promontorios del Líbano difundían sobre el mar.

«Oh, cumbres resplandecientes, que asomáis por cima de las tempestuosas nubes, ¡á cuanta mayor altura se os había de buscar en otro tiempo! El peso abrumador del Océano jamás os había obligado á humillar la frente, que parece ahora un cráneo blanqueado, ni las oleadas del diluvio, al minar vuestras colinas, lograron desgarrar vuestros costados produciendo esos barrancos. Tampoco se divisaban en vosotras esas rocas, que os asemejan ahora á un cuerpo descomunal falto de todo abrigo, y parecen grandes osaman-tas prontas á perforar la piel; ántes al contrario, vuestros poderosos músculos, oh enorme espina dorsal de un mundo, cubiertos de un fruncido ropaje de arboleda, de terrenos fértiles y de ondas, destacaban sobre el fondo del cielo sus armoniosos contornos, y aún perfilándose en él, se ostentaban en toda su morbidez. ¡Ah, hijo mio! ¡Si lo hubieses